

quejarse, porque son «muy hombres» con una resistencia y una pasividad que asombran. . . .

No hay en el indio más pasión con carácter dinámico que la venganza. El que se la hizo una vez, se la paga aunque sea á la vuelta de muchos años; él no olvida nunca. Pelean dos peladitos, se hieren, procuran y consiguen ocultar el hecho á la policía, se curan clandestinamente, se vuelven á encontrar en la calle, se enzarzan otra vez, se vuelven á herir, y así sucesivamente, como los gallos finos de pelea. Conoce la justicia del asunto. . . . El herido nunca declarará quién lo hirió. Quiere tomarse la venganza por su mano, y mientras se vea con un hábito de vida, no dará la menor luz sobre el asunto. Se sobreesee el proceso por no encontrar delincuente, porque el herido á todo contesta «quién sabe»; se cura éste, sale del hospital, y el mismo día, ó á más tardar al otro, mata ó hiere al que le hirió. El cual tampoco confiesa una palabra ante la justicia, sino que espera pacientemente á quedar sano y entonces se repite la misma escena, hasta que uno de los dos combatientes queda muerto. Individuos hay y en abundancia, que salen de la cárcel después de haber pasado ocho ó diez años en ella y el mismo día de su salida mata á otro, por resentimientos anteriores á su entrada, guardados cuidadosamente durante todo ese tiempo.

Entrará nuevamente en la cárcel, acaso

por lo que le quede de vida, pero ¿qué le importa? Lo mismo está en la cárcel que en cualquier otro lado. Con esa indiferencia, con esa pasividad, con ese supremo desdén, con ese no importarles nada, ni la vida. ¿Qué efecto pueden surtir las leyes ni qué van á atemorizarles los castigos?

LA CRIMINALIDAD

Creo que sea esta una de las más poderosas fuentes de investigación para conocer el carácter de un pueblo, sus condiciones de adelanto, su parte psicológica. En cuanto se mida su cantidad consultando la estadística tendremos la moralidad de ese pueblo, de esa raza y no es en esos campos en los que pretendo yo espigar ahora. En cuanto se estudie su calidad, daranos la medida de su civilización y de la amplitud de sus ideales, así como el temperamento reinante en sus individuos. Juzgo yo que estudiando, no el número, sino la clase de crímenes que comete un pueblo, es como llega á formarse idea de su adelanto intelectual al mismo tiempo que de su idiosincracia y de su carácter orgánico, en general. Allí donde la civilización es más refinada, donde la vida intelectual es más sobresa-

liente, donde se cultiva el espíritu más y mejor, son los vicios más refinados, y por ende más refinados los delitos. Por el contrario, pueblos que no adelantan, que no crean, que no piensan, que no desempeñan papel importante, tienen una estadística de delitos comunes, vulgares, primitivos. . . .

Precisamente es esto lo que pasa con los *pelados* de esta capital. La estadística de sus delitos no deja de acusar una cifra bastante larga, pero qué descorazona al artista, al sociólogo, al psicólogo, por su aridez, por su poca variedad, por lo vulgar y corriente de sus sumandos.

Esos crímenes pasionales, emocionales, y demás neologismos bárbaros que se han inventado para designar los delitos que obedecen á una fuerte excitación de la voluntad sobre el espíritu, á la presión de un afecto sobre todos los demás, esos no existen entre esa gente. El homicidio entre ellos es cortado por el patrón de todos los homicidios, el que se registra hoy es igual en sus detalles y en sus causas al que se registró ayer y al que mañana habrá de registrarse, homicidio en riña, «homicidio á la mala», por detrás y á traición, y homicidio á traición y en riña. . . . No hay más. El literato que busque en los crímenes de esta gente motivos para la novela ó el teatro está divertido. Jamás encontrará en ellos más materia que la suficiente para darle extensión de veinte líneas á cualquier párrafo de un periódico. El abogado, el mé-

dico, el filósofo que quieran encontrar en esta delincuencia casos nuevos y curiosos, problemas legales y psíquicos, fatalismos y predisposiciones orgánicas especiales, pliegues aun ignorados del alma, aspectos morales distintivos de una raza, se tendrá que volver cabizbajo y triste por donde vino, con la conciencia de que aquí no descubre nada ni estudia nada.

El homicidio de los *pelados* no tiene una nota saliente, un rasgo digno de tomarse en cuenta, un sello determinante y diferencial; es un homicidio salvaje, primitivo, cándido, *natural*, si así pudiéramos llamarlo, puesto que se parece mucho á esas tragedias que en plena naturaleza, en medio del bosque, suceden entre los animales para cumplir las leyes de supervivencia del más fuerte, las leyes de selección con las cuales se asegura la existencia de las razas. Y se parece á ellas en lo irreflexivo é inconsciente, en que no hay nunca casi causa moral que lo determine, sino excitación orgánica, en que no deja rastro alguno de inquietud en la conciencia del que lo ha cometido, sino antes, al contrario, una indiferencia completa, una falta total de arrepentimiento y una disposición á repetirlo en cuanto la ocasión se tercié, tan espontáneas y sencillas, con tanta tranquilidad y franqueza manifestadas, que hacen pensar si el *pelado*, viviendo en medio de la civilización, no sacará de ella el mismo fruto

que un mono domesticado á quien se le die-
ra por habitación la biblioteca de un sabio.

Dáse también el homicidio por celos, pe-
ro el que bien lo estudie pronto caerá en la
cuenta de que no obedece á ese amor pro-
pio lastimado que conduce á tal crimen en
los hombres civilizados. El indio éste admi-
te muchas, muchísimas veces, colaboración
en su matrimonio sin quejarse de ello; lo
que no admite es que el colaborador quie-
ra quedarse con el carácter de exclusivo,
y por eso hiere y mata. Esto es, que riñe
y ofende como los animales, cuando otro
macho le impide satisfacer en determinada
hembra la realización de las leyes natura-
les dictadas por el *genio de la especie*, se-
gún Schopenhauer, cuyo genio le da en for-
ma de preferencia por ella, los medios
para procrear un ser cual conviene á la
perpetuación de la raza. Pelea en fin, por
poseer una hembra, pero no por poseerla
exclusivamente. Sus uniones son tempora-
les casi siempre, sin que se le ocurra vol-
ver los ojos al pasado de ella ni cuidar del
porvenir. De este modo mirado el amor
nunca puede haber celos tal como los en-
tendemos nosotros, y si el pelado mata es
por defensa de la propiedad. Tampoco es
pues, aquí el homicidio por celos un cri-
men *pasional*.

Por eso la literatura mejicana nunca ha
mariposeado alrededor de este tipo. No tie-
ne salientes ni entrantes, no tiene afectos

activos, no tiene el menor átomo de mate-
ria artística.

Fuera de los delitos de sangre, no se ve
más que el robo en todas sus manifestacio-
nes y variedades, pero principalmente en
la ratería, en el robo pequeño y sencillo,
que ni exige actividades y energías de con-
sideración, ni grandes trabajos de la masa
gris para el proyecto.

Y eso sí, ese robo lo practica el *pelado*
instintivamente, lleva la idea del robo en
la médula de los huesos, roba hasta dur-
miendo, tal es su costumbre. Y hace robos
inverosímiles, de un clavo, de un pedacito
de tela, como los monos y las urracas, de
un tornillo que al venderlo le produce dos
ó tres centavos y con cuya falta deja inser-
vible una máquina que vale cien pesos.
Y por un robo de esta entidad hecho para
satisfacer cualquier antojo del momento,
un vaso de pulque, verbigracia, abandona
una posición para él brillante, pierde en
una casa su porvenir, su bienestar para
mucho tiempo.

En suma: irreflexión, inconsciencia, ig-
norancia, abyección, salvajismo y vida ani-
mal por todas partes.

PEQUEÑAS INDUSTRIAS

En todas las grandes capitales hay una porción de industrias inverosímiles, industrias de céntimo, de centavo, de la más ínfima moneda, que además de consistir en manufacturas ó en venta de artículos de poco precio, son en tan pequeña escala, hacen tan exíguo número de operaciones al cabo del día, que el que observe un poco se queda todo preocupado al pensar que con negocio tan chico puedan vivir personas y á veces hasta familias . . .

En Méjico no conocemos esta clase de lucha por la existencia, propia sólo de los grandes centros de población donde hay mucha miseria, no á la vista como ésta, sino disimulada, pobreza de levita y de sombrero alto, que se oculta vergonzosamente á las miradas de todo el mundo.

Aquí la miseria no existe más que en las clases del pueblo, porque la vida es mucho más fácil y están todos los recursos menos explotados, y esa miseria se luce francamente por las calles, con indiferente desdoro, afeando las vías públicas y echando á perder el aspecto, por otras cosas bonito, que tienen las calles del centro de la población.

Aquí no se venden esas cosas tan inverosímiles que en otras partes, cosas que no

extraña tanto que sean vendidas como que sean compradas, aquí no se lleva la industria hasta el extremo que en Europa, donde se venden objetos fabricados á mano al mirar los cuales se vuelve uno loco á fuerza de reflexiones, pues por muchos cálculos que haga siempre le resulta que la materia prima de que está fabricado el objeto vale tanto como el precio total en que es vendido. Y consiste esta carencia en que el indio es holgazán en sumo grado, y sólo trabaja cuando ya la necesidad y el hambre le echan fuera, del mismo modo que, sólo obligado por una absoluta falta de alimentos, se atreve el lobo á entrar en las poblaciones.

Pero aptitudes no le faltan. Hacen trabajos en cera de imitación que son verdaderos primores, y para todo lo que sea cuestión de paciencia, delicadeza y habilidad, sin pedirle inventiva, tiene grandes facultades, muy parecidas en la forma y en el desarrollo á las de los chinos, con quienes tanta semejanza tienen en otros puntos, anatómicos como morales, que convida á pensar seriamente en una muy probable comunicación terrestre anterior entre Asia y América.

Aquí, aparte de los artículos de primera necesidad de venta callejera, lo que más se vende en la calle son guiso, frituras . . . Parece mentira la afición á comer en la calle que hay en Méjico. Y es porque generalmente, la gente es golosa, aficionada á ir

picando aquí y allá como los pájaros, y á no hacer casi nunca una comida fuerte y en toda regla. Así son tantas las enfermedades del estómago que se padecen, hasta el punto de que semejan tener carácter endémico en la población.

No siempre las apreciables *peladitas* que venden esos guisos, más ó menos falsificados, pues que nadie puede asegurar la procedencia de las materias primas, brillan por su aseo y limpieza. Todo lo contrario, suelen llevar porquería de varias edades, como aquel de la capa que preguntaba de qué año querían el barro.

Las manos llenas de grasa, de salsa, de cebolla y de otros comestibles y condimentos, se posan en la cara, que sólo conoce el agua de vista, y cuando mucho trata con ella directamente una vez al año, como ha de menester, y allí recoegen el sudor y demás secreciones cutáneas. De allí se suelen pasar á la cabeza, y de allí, si en otra parte del cuerpo hacen falta porque otro cuerpo mineral ú orgánico molesta, á esa parte acuden, cosa en extremo fácil, dada la poca ropa tan escasa y desceñida que la individuo lleva y los girones que lleva

Y ustedes perdonen la descripción, pero la verdad no puede ser fea nunca.

Ahora que, según un dicho popular, la porquería alimenta; y no debe ser inexacto cuando tan fuertes para todo están los *pelados*, que apenas comen. Es que de suciedad, eso sí, se dan unos banquetes feno-

menales . . . Con lo cual viven ellos muy contentos.

EL PULQUE

Sin duda que pegaría bien aquí una ana-reóntica . . . Porque el pulque tiene sus excelencias que cantar, aunque les parezca á ustedes extraño. ¡El pulque! ¿Ustedes saben toda la influencia que tiene el pulque? ¿Ustedes saben todo lo que el pulque vale y significa?

El pulque es uno de los mil y tantos productos del maguey, planta que, como la mayor parte de los específicos de patente, sirve para todo. Pero como yo no le he de estudiar científica ni agricolamente, dejemos esa cuestión para quien la quiera y ciñámonos al pulque hecho, sin averiguar cómo se hizo y para qué se hizo . . .

Según los médicos, el pulque es una excelente medicina para el estómago, aunque á nadie se le ha ocurrido venderlo como tal, seguro de que entonces bajaría mucho la venta, pues la humanidad es así de estúpida y consume con preferencia los artículos que la dañan y deja los que la favorecen. Es digestivo, es alimenticio, es estimulante, es fortificante, es una cosa la mar de buena, vamos. Es claro que yo, afirmán-

dolo entidades tan dignas de respeto como las entidades médicas, no he de ponerme ni siquiera á discutir estas bellas cualidades del pulque, y le dejo en todo el esplendor de su fama.

El pulque hasta debía ser considerado como aristócrata. Dicen que lo descubrió una reina, la cual señora por lo visto se ocupaba un poco más de alegrarse el ánimo que de gobernar á sus súbditos. De entonces acá se conoce que el pulque ha ido bajando, bajando, en fin, que ha venido á menos, hasta convertirse en lo más popular y plebeyo posible.

Me inclino á creer que dicho líquido tenga todas esas propiedades salutíferas de que nos hablan sus defensores, pero será con uso prudente y moderado . . . muy moderado y prudente. En cuanto se aumenta la dosis algo más de lo debido, el pulque, entre otras cualidades tiene la de embrutecer. La borrachera de otros líquidos alcohólicos á la larga quizá produzca, por su continuidad, efectos parecidos, pero el resultado inmediato es una excitación, un funcionamiento exagerado de las actividades cerebrales. La borrachera del pulque, por el contrario, produce un aplanamiento, una depresión de esas funciones. Desarrolla las puramente animales á costa de las otras.

A la raza india de aquí, de la capital, no le faltaba más que el abuso del pulque para acabar de firmar su sentencia de muerte.

A veces es necesario buscar en causas

raras y al parecer insignificantes, la explicación de los hechos que más saltan á la vista. Crean ustedes que la mayor parte de los homicidios, de los robos sangrientos, de los incestos, de toda clase de delitos, que la mayor parte de culpa de la degradación y el sensualismo en que esa gente vive, la tiene el pulque. Sobre que ella de por sí no muestra tener, según las últimas reglas de la anatomía, un cerebro muy bien organizado ni muy capaz para las altas concepciones intelectuales, sobre esto añadan ustedes los efectos desastrosos del pulque, y ya está explicado todo. En las otras borracheras, hay ese estado que llamamos «á medios pelos,» estado de animación, de alegría, de ingenio muchas veces, que no repugna á los demás, antes al contrario les divierte. . . El borracho de pulque, en cuanto da señales de estarlo, cae en una completa estupidez, en una postración absoluta de toda vida intelectual y volitiva; no hay más que verle con el sello de idiota marcado en el semblante, el andar incierto y pesado, diciendo palabras incoherentes, dejando caer la baba por la boca abierta, hasta que cae en medio del arroyo para no levantarse mientras los efectos del líquido no hayan cesado . . . El borracho de pulque es más repugnante, más odioso que cualquiera borracho de otro líquido. El *pelado* se aproxima en varios casos al animal; el *pelado* borracho descende más que los animales en la escala de la vida orgánica.

Ya les veo á ustedes aburridos después de todas estas parrafadas semitendenciosas que acabo de soltar, y ya les veo también á mu- ñhos de los que me lean, si es que todavía e estas alturas continúan leyéndome, pro- testar medio indignados contra la filípica que acabo de dedicar al pulque. Pero no, no hay que enojarse tan pronto. Ya dije al principiar que le consideraba digno de ser cantado en una anacreóntica . . . lo cual no quiere decir que esa anacreóntica, haya de hacerla yo. Poetas andan desperdigados por ahí que se pasan el día cantando á otras cosas que importan y significan menos. A esos déjo la labor. Pero conste que no me muestro enemigo del pulque así, en gene- ral, sino del abuso del pulque. Ahora que, como los *pelados* no saben encontrar el lí- mite que separa el uso del abuso, si hay quien me diga que para cortar el segundo se necesita suprimir el primero, me voy con él en seguida. Y que el Estado y los dueños de haciendas me perdonen esa mala inten- ción de quitarles una buena parte de sus ingresos. . .

Para el *pelado*, el pulque es más que la comida, más que la casa, más que el ves- tido, más que la mujer, más que los hijos. El pulque lo es todo. Un vaso de pulque ejerce en un *pelado* una atracción mayor que la de la tierra sobre la luna. El *pela- do* puede estar girando alrededor del líqui- do horas y horas, hasta que consiga su po- sesión. Faltándole todo el *pelado* irá sacri-

ficando primero la ropa, pues no le hace mucha mella el ir desnudo, después la ca- sa, porque para dormir cualquier rincón es bueno, luego la comida, porque él es so- brio y con un puñado de frijoles se man- tiene, en seguida la mujer, que al fin y al cabo no faltará otra tan pronto como la ne- cesite, y por último los hijos si es necesar- io . . . todo menos el pulque. Eso no se sacrifica. Cuando un *pelado* no tiene me- dios de beber pulque, pueden ustedes de- cir que ya verdaderamente le tocó «la de malas», que ya ha llegado al extremo más deplorable, al último escalón de indigen- cia, que ya es un ser completamente insign-ificante, una vida casi milagrosa, una ca- tegoría de *pelado* que es á los otros so- cialmente lo que la esponja á un perro en el sentido orgánico . . .

Por una medida de pulque á tiempo pue- de uno conseguirlo todo de esa gente. ¿Ya ven ustedes lo que es el amor y lo que sig- nifica, y lo que atrae, y lo que puede? Pues es un simple juguete, créanme, compara- do con una medida de pulque. Eso, eso sí que es el cuarto poder y no la prensa. . . En una medida de pulque se simboliza to- do un estado social.

Quisiera yo ver á los criminalistas, á los moralistas, á todas esas personas *listas* an- te un vaso de pulque, á ver si del fondo del vaso no sacaban conclusiones mucho más transcendentales que de todas las me-

didias antropométricas habidas y por haber. . .

Una amistad ó un conocimiento hechos de repente se sellan con una medida ó mejor dicho, con una serie de medidas de pulque, porque las medidas estas casi nunca tienen medida; un contrato amoroso de esos al aire libre se cierran con lo mismo; un descanso en el trabajo necesita el pulque; un día de fiesta se celebra con lo mismo; un nacimiento de un hijo es la ocasión para tomar pulque; la muerte de un miembro de la familia exige igual fórmula; una alegría como una pena, un hecho importante de la vida ó sin importancia deben estar presididos por las medidas de pulque . . . Y si no hay hecho que solemnizar . . . lo mismo.

¡Digan ustedes ahora que no merece el pulque anacreónticas y toda clase de desahogos poéticos!

LOS YANQUIS

La verdad es que no debí dejar para tan apartados rincones del libro este asunto, porque, si por su interés y por su importancia hemos de ordenarlos, tiene que ir de los primeros.

¿Ustedes saben lo que la colonia yanqui

en Méjico significa y promete? Pues mucho más de lo que á primera vista puede parecer. Ríanse ustedes de la influencia de los españoles, con no ser poca; de la de los franceses, de las de todos los extranjeros juntos al lado de la que tienen los yanquis en este país.

Depende de varias cosas y de varias causas, algunas de ellas políticas, por lo que no me meteré á profundizarlas, pues no es mi ánimo el entrar ahora en semejantes y tan peligrosas honduras. Pero hay que reconocer que con quien tiene relaciones más íntimas, y para quien guarda más concesiones, más amistad y mayores complacencias el gobierno mejicano, es para el gobierno de la vecina república de los Estados Unidos, y esto necesariamente tiene que reflejarse en los yanquis que viven aquí.

El yanqui tiene sobre los demás extranjeros que inmigran, la ventaja de traer capital, así como los otros sólo traen brazos ó inteligencias. El yanqui lo trae todo, y naturalmente su ingerencia y su importancia en el país es desde luego más decisiva y mucho más rápida.

El yanqui conoce perfectamente sus deberes de ciudadano, tanto como sus derechos, y esté donde esté, lo mismo cumple con los primeros que exige el cumplimiento de los segundos, de modo que siempre tiene propicios la protección y el amparo de su gobierno, dondequiera que los nece-

site, por medio de sus representantes diplomáticos.

Por último, el yanqui está á dos pasos de aquí, el viaje desde su país hasta éste es casi un viaje de recreo, y una vez en el segundo tienen por esa misma facilidad y rapidez de comunicación, muchas oportunidades para poder visitar el primero.

El yanqui no forma aquí familia, no se casa con mejicana, y tiene para toda la raza ésta cierto menosprecio que le hace mirarla con aire de superioridad y no mezclarse nunca con ella.

Dondequiera que hay yanquis expatriados se ayudan unos á otros cuanto pueden, y tendiendo siempre á ayudar á su patria.

El yanqui explota al indigena hasta donde puede dar de sí, sin que le importen gran cosa las quejas de los oprimidos, como que está seguro de su fuerza.

Por todas estas circunstancias se comprende que puedan tener tanta influencia en la República. Estados enteros hay donde los yanquis lo tienen todo monopolizado y se surte la gente de artículos yanquis, y vive á estilo yanqui, y come á estilo yanqui, y hasta los granujillas que llevan los equipajes de los viajeros desde la estación, chapurrean muchas palabras en inglés.

Además, son dueños de todas las líneas ferrocarrileras del país, de sus mejores y más ricas negociaciones agrícolas como el algodón, la vainilla, el café, el azúcar, las

madéras preciosas, el henequén, en grandes cantidades. Y tienen, por último, participación no pequeña en las minas, é intervienen en las operaciones económicas del Estado, puesto que la mayor parte de los empréstitos que se hacen son contratados en los Estados Unidos.

Pero ciñéndonos á Méjico, á la capital, que es de lo que aquí se trata, puede decirse que son los yanquis los extranjeros que más abundan y los que más pesan. Se dedican á todo. Zapatería, maquinaria, curiosidades, objetos artísticos, librería y publicaciones periódicas, y varios otros artículos de todas las clases, pues que la industria yanqui es general. Hasta los abarrotes, que hasta ahora han sido patrimonio exclusivo de los españoles, los van tomando ellos por su cuenta, y pronto habrán llegado á la exclusiva. Subiendo un poco, les encontramos con grandes casas de comisiones, compañías de expresos, sociedades bancarias, compañías de seguros sobre la vida ó sobre incendios, compañías hipotecarias, etc. Y volviendo á bajar, se les encuentra en profesiones y oficios, desde los ingenieros de minas y de caminos hasta los empleados de oficinas y los maquinistas de trenes, y hasta el jornalero, pues los yanquis, prácticos por excelencia, traen toda clase de operarios de su país.

El que viaja por el tren de la República se encuentra á menudo con el inaudito caso de que ninguno de los empleados, desde

el jefe de estación hasta el que cuida del coche-cama, entiendan una palabra de español. (¡¡¡!!!)

El yanqui tiene su sello especialísimo, de tal modo que aquí donde cruzan la calle diariamente extranjeros de todas clases, españoles, franceses, alemanes, italianos, suizos, etc., se les distingue instintivamente entre todos. Alto, rubio, de cara huesuda, angulosa y de rasgos enérgicos y acentuados, afeitada toda casi siempre, delgado, de pies grandes, que hacen más grandes aún esas botas de las que no se mira otra cualidad que la de que sean cómodas, anda con pasos muy largos, casi siempre de prisa y derecho. Si alguien se le interpone no rodea; le atropella ó le separa tan tranquilo, sin importarles un ardite lo que puedan decirle. Es el ser más despreocupado, y no repara en llamar la atención por la calle, con tal de llevar, por ejemplo, un sombrero que le guste, aunque sea extrafalarío y llamativo. Cuando va con otro habla á voces, y nunca usa otra lengua que la suya, como no se vea en una precisa necesidad, prefiriendo que el otro trabaje doble para entenderle en inglés que trabajar ó molestarse un poco en hablar el español.

Como prueba de ello, digamos aquí, entre paréntesis, que las guías de ferrocarriles y muchos libros de anuncio ó propaganda se publican en México *exclusivamente* en inglés. . . .

El yanqui es en extremo observador; va

por la calle y no se le pierde una nota, un detalle, por pequeño que sea, si es útil. Para enterarse de todo no le importa parecer extravagante, llamar la atención, ser pesado, molestar á todo el mundo. . . . Él se sale con la suya.

Respecto á educación tenemos de todo. Los de arriba la ostentan completa, pero los de abajo son de lo más grosero que pueden imaginarse. Y los que ocupan el término medio, aunque tenga cultura científica, lo que es en cultura moral andan sumamente rudimentarios. Pero es una de las cien mil cosas que no les importa lo más mínimo, y en los teatros, en los sitios públicos, escandalizan, se estiran, hablan alto, molestan á todo el mundo, y después se quedan mirando á los que les miran con un desahogo delicioso.

El yanqui no odia al mejicano, porque no gasta sus odios en balde nunca. . . . Le desprecia profundamente, le mira como algo muy inferior, y no se cuida de disimular tales sentimientos en sus conversaciones, en sus hechos y en sus maneras. Él viene al negocio, y lo demás es letra muerta, mientras no estorbe su ambición ó sus proyectos.

De lo cual resulta que en cuestión de negocios es de lo menos escrupuloso posible. Con tal de llegar al fin, encuentra todos los medios aceptables.

LAS YANCAS

Creo que habrá pocas personas en el mundo de quienes se haya hablado más, á costa de quienes se hagan más chistes, se inventen más mentiras, que las yancas. . . Se dice de ellas que son hombrunas, que son feas, que son sosas, que son. . . ¡la mar! Y, generalmente, los que más hablan de ellas son los que menos las conocen.

Con más modestia que esos señores, confieso hallarme en el mismo caso, porque no siempre para muestra basta un botón, y los botones que aquí tenemos no son en número suficiente para que se pueda formar juicio inapelable de todas ellas, que si por la colonia de cada nación que aquí existe fuéramos á ir juzgando las naciones, á fe que saldrían peor paradas que las famosas hijas de Elena, que eran tres y ninguna era buena. Ese afán de tomar la parte por el todo ha sido siempre causa de errores muy gordos.

También quiero confesar que, entre las yancas inmigrantes, de la buena sociedad y con buena educación vienen muy pocas, pues según son ellos tienen que ser ellas.

Uno de los milagros que se les cuelga por ahí, por allende los mares, que dicen los escritores de provincia, es el de que no saben vestir con elegancia, ni llevar la ropa, ni nada de eso. . . Y yo les aseguro á

ustedes que las yancas que andan por aquí, no las del pueblo, sino las de cierta posición social, sin que tenga que ser muy elevada, no tienen que envidiar en elegancia y *chic* á las francesas. . . . Suelen ser muy aparatosas, eso sí, muy llamativas, exageradas, y por dondequiera que van llaman la atención. Parecen tiples de zarzuela chica. Pero hay que ver que ese modo de vestir resalta más en Méjico que en otra parte, porque la mejicana viste con cierta humildad y sencillez y es exageradamente modesta en sus maneras, en la de llevar la ropa, en la de mirar, en la de andar por la calle, en todo. La yanca, por el contrario, es alta, esbelta, de figura arrogante, mirada altiva y sin timidez, y altamente despreocupada y tranquila para andar por cualquier sitio, sin que le importe ni mucho menos la cause miedo ó rubor el que la miren, efecto de la educación mucho más liberal que recibe, y de la libertad de que goza. Así como es raro ver sola por la calle á una señorita mejicana, en cambio todas las yancas salen solas y van á todas partes y toman un coche, si les hace falta, sin importales un ardite el «qué dirán» de la gente, y sin peligro de tener un contra-tiempo, porque de todo saben defenderse. En sus maneras y en su modo de ser, son sueltas y espontáneas, y esta soltura es la que tanto se nota en medio del ambiente tan contrario de educación y en costumbres que respiran.

Pero las que han recibido educación, las que son verdaderas señoritas ó señoras, en toda la extensión de la palabra, esas son elegantes y graciosas, contra toda esa opinión que en Europa corre tan generalizada. Exagerarán el traje, no por la cantidad de adornos, sino por la originalidad, y á veces hasta la extravagancia del corte ó de la moda, pero pueden ustedes asegurar que cuando la lleva es porque le cae bien. Sobre todo, la nota distintiva de la yanca es la originalidad. Originalidad que, en la mujer instruida, la ayuda y favorece, y en la otra, como no la sabe manejar, resulta contraproducente. La yanca tiene gracia, aunque á muchos que no las conocen más que por las rarezas que de ellas publican los periódicos les parezca mentira. Tiene gracia en el vestir, sobre todo, y en lo demás, gracia que no es el *sprit* francés, por el cual las mujeres parecen arrancadas de una plana de un periódico de modas, que no es la gracia en el contoneo y en la sonrisa de la española, que no es la dulzura de gazela de la mejicana, gracia que es suya, peculiar, pero que existe. ¡Vaya si existe! No hay más que ver para convencerse de ello, el garbo con que una yanca anda por la calle, se recoge el vestido y mira sonriendo á todos lados.

Además la yanca ésta, tiene la ventaja de ser muy limpia, muy cuidadosa de sí misma, sin ser aficionada á muchos afeites y composturas, y crean ustedes que la condi-

ción de la mujer que más cautiva es la limpieza, el cuidado, el aseo. En esto son ellas muy escrupulosas y remilgadas.

Pero... ya saben ustedes que toda medalla tiene su reverso. La yanca ordinaria, la que procede de los Estados remotos de aquella República, la que no conoce la capital más que por los periódicos, esa es verdaderamente inaguantable. Mujeres de facciones antipáticas, varoniles, acentuadas, sin curva alguna en ninguna parte, altas y desgarradas, como si fuesen cayéndose á pedazos, unos adefesios, en fin, que tiran de espaldas. Esta es la yanca tradicional, y crean ustedes que todo cuanto se diga contra ellas resultará poco. La yanca que primero he presentado, además de ser graciosa es casi siempre bonita, rubia, de facciones delicadas, nariz más bien pequeña y para arriba y boca muy fresca. Les digo á ustedes que andan por la calle algunas yanquecitas muy monas y muy apetecibles. Pero éstas otras son del demonio. Deberían los gobiernos hacer con ellas lo que con algunos edificios antiguos; expropiarlas, por causa de estética pública. Porque no es sólo lo dicho, es que además salen con unas trazas por la calle que parecen características de sainete en el pleno ejercicio de sus funciones.

Sólo siendo yanca podría salir una mujer á la calle como salen ellas. Sombreros de hombre, trajes inverosímiles, adornos que parecen hechos á propósito para hacer

reir, colores chillones, combinados de manera que se esté dando de bofetadas uno con otro. . . y encima de todo esto, unos andares á grandes trancos, con pisadas fuertes y macizas, un modo de mirar y de accionar impertinente y grosero, un hablar á voces y una despreocupación altiva para todo, como si estuvieran en país conquistado (en lo cual hacen lo mismo que los hombres, de cualquier clase que sean) que irrita y ofende. Y excuso decir que de éstas hay una cantidad mucho mayor que de las otras. Llenan las calles. . .

Tal es la colonia yanca que aquí viene, la colonia femenina más numerosa de todas. De las yancas en general se cuentan muchísimas rarezas, yo no conozco más que las que vienen aquí y á ellas me refiero. Lo que más las distingue es la libertad en las maneras y en todo, la despreocupación, que en unas es despreocupación solamente, más ó menos censurable y admisible, y en otras es verdadero descaro.

La misma antipatía que el yanqui por este país, siente la yanca, y jamas se casa con mejicano, y lo mismo que él los mira á todos por encima del hombro.

Y con todo eso, créanlo ustedes, la yanca resulta un millón de veces más agradable que el yanqui. . .

A CABALLO

Cualquiera diría que los mejicanos nacen á caballo. Y no lo tomen ustedes en son de broma, pero yo creo que el indio sabe montar instintivamente. . . Así como la naturaleza nos da, á los hombres menos y mucho más á los animales, el conocimiento irreflexivo de que cuando sentimos determinada sensación, debemos comer ó beber, así como nos regala el instinto del sexo, regalo que no sé si debemos agradecerlo ó tomarlo á mal, porque en la cuenta de placeres y amarguras que nos trae, hay siempre un saldo horroroso á favor de éstas, así les ha dado á estos indios el instinto de montar á caballo, de tal modo que, lo mismo que el pato se echa al agua en cuanto tiene fuerzas, el muchacho se monta sobre un caballo en pelo en cuanto puede subirse á él, y no se cae.

Esta gente no atiende á reglas de estética ó de elegancia. En un picadero no servirían, pero no hay quien les gane á tenerse sobre un animal bravo y hacer habilidades y saltar zanjas enormes, y estarse sobre el caballo doce horas seguidas como si estuvieran en un sillón, y á manejarlo, en fin, como si fuera de cartón y con mecanismo dentro. . .

Un indio coge una mula brava, que nadie ha montado nunca, se sube solo, y sin

más que un ronزال y una cuerda que hace las veces de freno, pasada por las narices del animal, y en dos horas la amansa y domestica. Todas esas habilidades que hacían y hacen aún los árabes, según cuentan las crónicas, en sus caballos, crean ustedes que son la cosa más fácil y sencilla para el indio, sin que la historia le haya rodeado de la misma fama, ni se haya ocupado de él.

El caballo del país es duro para la fatiga y notablemente sobrio, pequeño y duro de boca. Es más bien traidor que noble, y si no sirve para el paseo porque no tiene nada de belleza, es inmejorable para el campo, á lo que se le dedica. Por esas mismas cualidades de falta de nobleza y boca dura es más difícil de montar y más meritorio el montarlo que con los animales árabes, todo sangre y delicadeza, que obedecen casi nada más por indicaciones.

Una de las cosas más bonitas es el traje de *charro*, con los atavíos consiguientes para el caballo. Rununció á hablar de ellos, porque ya mis lectores de la República lo conocen demasiado. Sólo haré ver cómo en el traje de charro y en la silla mejicana se ve la derivación manifiesta del traje y de la silla andaluces, de los cuales vienen y á los cuales se asemejan mucho, salvando algunas variaciones introducidas por el tiempo.

A los niños elegantes les da por imitar el estilo charro para lucirse á caballo en el paseo. No toman más que la silla y el

sombrero, y cuando más el corte ajustado de los pantalones y algo de la forma de la chaqueta, pero conservando el cuello subido y otras elegancias y otras monadas por el estilo, con lo que ni son charros ni son elegantes, y pierden todo el aspecto pintoresco del traje indígena y pierden al propio tiempo el de *lagartijos*, de modo que no vienen á ser, como vulgarmente se dice, ni chicha ni limonada.

Por último, ya que me he propuesto hacer este artículo muy corto, lo más bonito, lo más marcial, lo más pintoresco del ejército mejicano, lo que impresiona más á todos los extranjeros que lo ven, es el cuerpo de rurales, charros á caballo, por ser lo más típico, lo más espontáneo. . . . Tienen los rurales un aspecto tan acentuado de virilidad, de valor, de fuerza y resistencia, como que son valerosos y resistentes hasta lo increíble, ostentan tal marcialidad y dan, en fin, á la vista un cuadro tan hermoso, que con justicia se alaban por todo el mundo y se consideran como una gloria militar de la nación, tanto por lo que hemos dicho, como por su brillante historia.